

## “SOMBRAS”

Muchos de aquellos conocidos a los que invitaba en ocasiones a una cerveza en cualquier bar próximo, sin ser fieles a ninguno en especial, cuando su trabajo y su amor –si bien es cierto que ambos términos podían subyugarse sin problema- le dejaban apenas una hora de ocio urbanita. Y les invitaba aunque él no bebía, no le gustaba el sabor amargo de la cerveza, lo traicionero del vino y las puñaladas del alcohol de alta graduación. Aquello que muchos de sus *colegas* habían observado es que, en realidad, la relación sentimental que el muchachote mantenía con la mujer, no se acogía lo mínimo al término *normal*. Él siempre defendía que la normalidad no podía definirse sin caer en el error de lo subjetivo, y que precisamente es lo excepcional lo que hace evolucionar el campo sobre el que se produce. A esto, sus *colegas* se turnaban para darle una palmadita fiera en la espalda –a veces incluso se las arreglaban para palmearle todos de una vez- mientras sus alcohólicas y socarronas risotadas apestaban el corroído de por sí ambiente tabernero de rigor. Pero él era un hombre enamorado. Nadie, ni el poeta más astuto, puede hablar de amor sin haber estado enamorado. No son mariposas revoloteando en el estómago, como algunos mentecatos se empeñaban en definirlo, sino crisálidas hambrientas carcomiendo el corazón. Sus *colegas* decían aquello porque no se habían dignado a pasar siquiera media hora con su chica, con aquella mujer que después de tanto tiempo, seguía arrebatándole una sonrisa cada mañana. Siempre decían que era una mujer extraña, reservada, tras lo que siempre caía alguna de esas étlicas sonrisas. Pero, obviamente, ellos no lo decían con maldad y nadie iba a cambiar aquello que sentía, aquella lícita dependencia emocional del que sí han acertado a hablar muchos dramaturgos. Lo más curioso de su historia está en la concepción del término amor: no surgió en una discoteca, en un parque, ni en el trabajo. No se conocieron tampoco cuando ella, caminando furiosa por la calle, chocó con él, cayendo sus cosas al suelo y

ayudándole él a recogerlas. Su amor había sido algo más espasmódico, algo totalmente inteligible. Sencillamente la vio al otro lado de la acera, cruzó corriendo la calzada cuando se cercioró que no sería atropellado y, ante la expresión confusa de aquel rostro con el que después compartiría almohada tantas noches, sólo se limitó a murmurar: “*Buenas tardes... ¿puedo enamorarme de usted?*”. Y ella, después de sonrojarse, le besó. Ni el amor más a primera vista podría haber sido tan a primera vista, ninguna chispa se había encendido antes con esa explosión. Él la amaba de soslayo, cruzó la calzada y entregó su corazón a la desconocida. Meses después ella aceptaría entre lágrimas irse a vivir con él al pequeño piso que había alquilado un par de años antes, cuando su madre murió de cáncer de pulmón, sin duda impulsado por el exceso de tabaco desde su adolescencia. Y claro que compartieron piso entre besos, abrazos y cama. El magnetismo que él había desprendido cuando se conocieron lo hubieran envidiado muchos que perseguían a la mujer su vida, aquella que no existe y por ende, jamás encontrarán. Que no eran sino sombras en su imaginación, y amores por demostrar, ya no tanto en esa teoría esponjosa sino también en la práctica, donde acaba residiendo el éxito de una relación. Con el paso de los años, y siendo aún treintañeros, esa práctica había comenzado a perderse. Siempre había sentido miedo, no miedo, sino auténtico *terror*, cuando pensaba en que aquella relación pudiera acabar, en que no sería una de tantas que se mantenían hasta la muerte literalmente. Ella, tan misteriosa, tan lozana, le abandonaría seguro tarde o temprano. Al fin y al cabo, ¿qué podía ofrecerle él? Sólo amor. Amor y un piso en alquiler eterno, caricias nocturnas y un desayuno humilde cada mañana. No obstante, y en contra de lo que las producciones cinematográficas quisieran hacerle creer, preparar el desayuno a la chica no garantizaba el éxito. En su caso, porque ella a veces prolongaba el sueño, y al bajar a la cocina, la manzana había adquirido ese color marrón propio del óxido, y tanto el café como las

tostadas se habían enfriado. A veces incluso la mantequilla de éstas se había endurecido bajo la fina capa de mermelada. Pero ella siempre sonreía –y a veces sin querer- e intentaba apurar lo que podía. El amor es ciertamente ciego, y aun así, tiene buen gusto. El problema no era el romanticismo. ¿Qué había más romántico que pedir permiso para enamorarse? Él era un tipo sensible, de los que lloraba –sin necesidad de fingir las lágrimas- con películas o canciones. Escribía poesía cuando la amaba de verdad, cuando aquel sentimiento se enervaba de pronto. Y ella siempre le complacía, no sólo en la cama, que era ya lo de menos, sino con sus besos, con sus guiños y sus miradas. ¿Cuál era el problema, pues? Aquel día lo pensó a fondo, trató de encontrar su raíz y, en la medida de lo posible, atacarla. Le dejó el desayuno preparado, como siempre, como hacía desde la primera mañana que pasaron juntos: no necesitaba levantarse tan temprano, pues su puesto de trabajo estaba relativamente cercano a casa, a unos quince minutos en coche, pero le hacía ilusión preparar un par de tostadas con esmero y perfecto trazado y dejarle media manzana adornada con una gotita de miel. Ella siempre le daba las gracias cuando volvía pero no le dijo nunca que a veces tiraba todo porque detestaba que el desayuno estuviera frío. Y tomaba cierto cariz cómico que, en las peores ocasiones, tras tres días consecutivos de tostadas frías y manzanas oxidadas, ella no se atreviera siquiera a sacar el tema. Se le veía tan feliz y realizado... Él no sabía nada, claro. Así que atacó el problema desde la típica base; ¿el sexo? Lo había desechado antes, pero... ¿y si realmente ella no se sentía satisfecha, y si se veía obligada a fingir orgasmos para acabar con aquel despropósito y poder dormir tranquila? Si el sexo era el problema, la solución podría ser un arma de doble filo. Cuando llegara a casa esa tarde, le haría el amor con toda su ansia; bien podía satisfacerla y retomar la relación, acabar con esa guerra fría nocturna y disfrutar juntos como el primer día, o desanimarla definitivamente y empujarla a decidir una ruptura amorosa o, lo que se

antojaba aún peor, serle infiel. *Mucho peor*. Sabía que jamás perdonaría una infidelidad; no lo había hecho con aquella novia que tuvo cuando apenas contaba con dieciséis años. No le perdonó la infidelidad a aquella zorra porque venía advirtiéndoselo desde que se conocieron, que ella era muy ligerita de cascos y él, lejos de ser violento, tampoco era tonto. Y claro, le buscó las cosquillas.

Cuando llegó aquella tarde a casa, famélico de lujuria, se limitó a cerrar la puerta con un golpecito que elevó un chasquido en el aire, suficiente para que ella, si estaba despierta, lo hubiera escuchado, pues el piso no era ninguna mansión. Como no obtuvo respuesta inmediata, suspiró y entró primero en la cocina, que quedaba justo a la derecha de la puerta de entrada. Todo impecable. Se dirigió a la nevera para rescatar algo que llevarse a la boca, pero antes se paralizó y fijó su mirada en un detalle que le hizo fruncir el ceño. La bandeja del desayuno estaba sobre la mesa, intacta. Le extrañaba que su chica ni tan siquiera lo hubiera probado, pero recordó aquella tarde, meses atrás, en la que se vio en la misma situación y, preocupado, recorrió la casa en busca de la mujer, que dormía plácidamente en la habitación. El la había despertado y al preguntarle si se encontraba bien, ésta, tras tragar saliva y bajar la mirada, se inventó una excusa maravillosa: *“No me encontraba bien esta mañana”*. Y a él le bastó con aquello, claro. ¿Cómo no iba a bastarle cualquier cosa que saliera de aquellos bonitos labios? Pensó que estaría en la habitación, que aquella mañana a ella tampoco le habría apetecido desayunar, ni siquiera bajar a la cocina y recoger la bandeja. Quizás estuviera enferma y el plan del sexo tuviera que aplazarse, si bien meterla era lo último que se le pasaba por la cabeza en aquel momento. Y algo en su interior le decía que en aquella ocasión no se trataba de un simple malestar gástrico –fingido, a su ignorancia- que impidiera que aquel desayuno que con tanto cariño preparaba mañana sí y mañana también siguiera perenne, aunque azotado, sobre la mesa. Sin perder los nervios todavía, se encaminó

hacia la habitación. Por el pasillo, a paso rápido, forzó su rostro para parecer sosegado si la encontraba despierta, a fin de no hacerla preocupar. Pero ella no estaba allí. Ni el baño, ni el salón. Preocupado, se detuvo de nuevo en el pasillo antes de ir a buscarla al cuarto de estar. La notaba extraña desde hacía unos días, pero no la creía capaz ni por asomo de abandonarle a su vil suerte; y pensó primero en el abandono no por su pesimismo y fatalismo latentes desde la infancia, sino porque ella jamás se había ausentado de casa sin avisarle, sin llamarle, sin dejarle una simple nota pegada al frigorífico con uno de aquellos estúpidos imanes con forma de frutas que había dejado el inquilino anterior. Su idea cobró una forma espeluznante cuando se asomó al cuarto de estar: todo en orden. Ni rastro de ella. La casa se vació de repente para él y comprendió el sentido verdadero de aquella palabra, *nada*. ¿Dónde estaba, a dónde había ido? Le pasaron tantos interrogantes por la cabeza en apenas unos segundos que se mareó y, mientras se dirigía al salón, sintió náuseas. Se dejó caer en uno de los sofás del salón, que rechinó. Fijó su mirada en la mesa. Nada, vacío. El cenicero estaba intacto, lo que le dio una nueva idea. Revisó todos los ceniceros de la casa, y reforzó su miedo. Ni rastro de cenizas, ni de colillas apagadas a la mitad, como ella acostumbraba. A no ser que se hubiera marchado –que duro se le hacía pensar en aquella palabra– temprano, era científicamente imposible que no hubiera fumado en todo el día. Cuando llegaba cada tarde, los ceniceros estaban a rebosar. Sacudió la cabeza, intentando aclarar sus ideas, que comenzaban a agolparse. El coche se lo había llevado él, ¿a dónde demonios habría ido andando? Podrían haber ido a recogerla... Sin quererlo, la primera lágrima de aquella tarde cayó repentina por su mejilla. Notó que le temblaban las piernas. ¿Quién iba a ir a recogerla, su amante? Jamás perdonaría una infidelidad. Corrió a la cocina, abrió uno de los cajones de la encimera y sacó un enorme cuchillo de filo aserrado. *Jamás perdonaría una infidelidad... a nadie*. Soltó el cuchillo sobre la

encimera y se cubrió la cara con las dos manos. La mataría, mataría a aquella diosa si se le había ocurrido profanar otras camas...

-Cariño, ¿estás bien?.- Giró la cabeza con violencia. Allí estaba ella, sonriente, con ropa de andar por casa, el pelo limpio y suave, los ojos entornados, una sonrisa demacrada incrustada en unas mejillas sin sonrosar. “*No... imposible... no eres real... ¡no eres real!*” pensó, paranoico, y cogió el cuchillo. Había registrado toda la casa, los ceniceros estaban vacíos, el desayuno intacto, era imposible que aquella mujer estuviera ahí, tan campante, sonriéndole, queriéndole. Ella dirigió su mirada al cuchillo que él acababa de recoger de la encimera y sonrió, divertida. Soltó una carcajada ronca. Tan ronca que le asustó. ¿Qué hacía riendo así? Sus carcajadas siempre habían sido melancólicas. Aquello había sonado estrafalario, una especie de rugido gutural que le hizo retroceder, asustado. Pero lo que siguió a aquella carcajada le asustó aún más. Ella avanzó un paso, extendió un brazo y le guiñó un ojo. -*¿Dónde estabas?... me tenías preocupado...*- murmuró él, sollozando. No se acordaba del cuchillo.

-Dame eso, anda..- No era aquella su voz. Antes sí había mantenido su tono, pero aquella intervención había despejado sus dudas. Aquella última no había sido su voz, y la risotada tampoco la había escuchado antes de su boca. Aunque físicamente era absolutamente idéntica, al menos en lo que su nerviosismo le había permitido fijarse, algo le hacía pensar que no estaba hablando con su amada. Volvió a recordar que estaba armado con un cuchillo, y por un momento dudó si atacar a aquella aberración o entregarle el utensilio y dejar que el destino cursara su línea, cualquiera que fuera. Se le ocurrió establecer conversación, intentar humanizar aquella imagen horrenda que le había procurado en la cabeza el tono de voz de la *mujer* que tenía delante. Él le preguntó si le quería; la pregunta sonó temblorosa, pero convencida a la vez; nunca dos palabras habían sonado tan olvidadizas, tan tristes. Ella retiró el brazo y sorprendentemente, la

expresión de su rostro se suavizó. Parecía que pudiera empezar a llorar en cualquier momento, pero él supo que fingía. No se dejó llevar de momento por la sensiblería y sacudió la cabeza, instándola a responder a su pregunta. Y la respuesta, que parecía dictada, salida de un contestador telefónico, no se hizo esperar más:

-No te quiero. No necesito quererte. No soy ella, no soy nadie, creo que ya te has dado cuenta. Llevas tanto tiempo engañado...

Él blandió el cuchillo sin pensarlo. Había escuchado bastante, y aquella sí había sido su voz. Cuando se precipitó a atacar, pues aunque ella fuera su chica de verdad en carne y hueso, las palabras que había dictado no las borraría ninguna noche de alcoholismo desatado. Pero antes de que pudiera dirigir su puñalada, lo que tenía delante se desvaneció, y él no tuvo más remedio que detenerse bruscamente en su embestida.

Aquello sólo sirvió para insensibilizarle, para encorajinar al asesino en el que quería convertirse, y se giró furioso sobre sí mismo, esperando encontrarla a sus espaldas. Pero todo era vacío. Recorrió la casa con grandes zancadas, agarrando el mango del cuchillo cada vez con más fuerza. Supo entonces, y comprendió con horror, que después describiría aquellos momentos a cualquier prepotente licenciado en psicología, o en el peor de los casos, a un psiquiatra. Que si salía airoso de aquello, algo que se le antojaba muy complicado, jamás podría librarse de recordar aquella risotada, aquella voz ronca, aquella sombra que se había evaporado cuando él se había decidido a atacarla. Y ahora perseguía la nada por su casa, con un cuchillo en la mano. ¿Pretendía atravesar una sombra, desangrarla? Fuera lo que fuese aquello, su volatilidad le impedía ser atacado físicamente de forma alguna, por lo que debía darse por vencido, volver a guardar el cuchillo y tal vez, lanzarse por el balcón. Sin haber resuelto el misterio de la desaparición de su novia, y habiéndola imaginado en la cocina, dulce y amenazante por igual, habiéndose lanzado incluso a por la nada cuchillo en mano, todo había dejado de

tener su presunto sentido; podía suicidarse y dejarlo todo de lado, olvidarse de todo lo anterior, pues sin ella de cuerpo presenta, todo lo demás le resbalaba. Porque ella era lo que durante unos años le había animado a seguir adelante con todo, a continuar respirando; y ahora que ella no era más que una sombra, ¿qué podía hacer él? ¿Esperar otro amor? Se le antojaba plomizo, inviable. ¿Y qué había sido de aquellas putas tostadas que había preparado por la mañana? Volvió enfurecido a la cocina a deshacerse de la bandeja del desayuno, pero lo que vio una vez estuvo allí, ante la mesa, le hizo traspasar definitivamente la línea entre lo surrealista y lo definitivamente enfermizo. No había rastro alguno de comida en la bandeja. El plato que recogía las tostadas estaba limpio, con apenas un par de migas; el vaso de café, vacío. Y no había señales de vida de cualquiera de las dos mitades de la manzana. La impresión le hizo aflojar la presión sobre el mango del cuchillo y éste cayó al suelo con un sordo ruidito metálico. Se acercó incrédulo a la bandeja y la cogió con sus manos, todavía temblorosas. La sostuvo en el aire un momento, sin apartar la mirada de aquellos vestigios de pan tostado que habían sobrevivido en el plato. Antes de dejarse en manos de lo irracional, dejó rápidamente la bandeja donde estaba y corrió por toda la casa buscando a su novia. Ya no era nada consciente de lo que hacía, pero sí le quedó un ribete de cordura para recordar los ceniceros. Recorrió cada habitación una vez más, pero todos los ceniceros seguían vacíos, impolutos. Todos menos el del salón, el primero que había visto limpio. Dos colillas a medio fumar y una arrugada contra el suelo, y una ingente cantidad de ceniza. Le gustaba mucho apurar cada calada. Sin saber qué hacer ni tan siquiera que pensar, y con el sudor perlado ya su frente de forma profusa, quiso salir de aquella casa y dejar atrás la pesadilla, pero cuando levantó la cabeza, volvió a toparse con *ella*.

-Vete de aquí, por Dios...- masculló. Volvía a tener enfrente un calco físico de la mujer de la que estaba o había estado enamorado, el mismo holograma etéreo que unos

minutos atrás, usando los labios de su amada como servicio de mensajería, había dicho que no le quería. Y que había pasado mucho tiempo amando a alguien que le tenía engañado. Pero fuera lo que fuese aquello, él estaba seguro de que su novia seguía viva, que habría sido raptada o incluso asesinada por alguien o *algo*, y en ese mismo saco incluyó a lo que tenía delante. Sin defensa ninguna entonces, decidió enfrentarse a aquello mediante el arma más poderosa: la palabra.

-Vete de aquí... no creo en ti, no creo en esas estupideces que dices, esas tonterías que has dicho antes... dime qué ha sido de ella... o si no...

La amenaza quedó en el aire, pues antes de acabar la frase, la imagen que tenía a apenas tres metros de distancia se transformó: su *piel* comenzó a tornarse de color plúmbeo, la boca se torció en una mueca. Los ojos, en tiempo color avellana, adaptaron un extraño color azul casi transparente. Horrorizado ante aquel espectáculo, y absolutamente paralizado, sólo pudo formar una idea clara en su cabeza: “*Sí, lo mejor será el suicidio*”. No estaba dispuesto a seguir cayendo por el precipicio de la locura y el sin sentido, así que, intentando no perder de vista esa visión mutante que había recreado a la perfección a la chica con la que tantas noches había hecho el amor y que iba adoptando una que no habría sido capaz de ver ni en sus peores pesadillas, comenzó a retroceder lentamente, paso a paso, hacia el balcón. No precisó echar la mirada atrás porque creía conocer el camino hacia la terraza, yendo entre el sofá y la mesa, pero tropezó con algo y cayó al suelo de espaldas, golpeando su rabadilla contra el linóleo. El dolor le cegó unos segundos, suficientes como para sentirse realmente asustado cuando volvió a recobrar la vista. Recogió las piernas y se levantó, a pesar del intenso dolor que recorría la parte inferior de su espalda. La imagen mutante habló entonces, entonando unas palabras vacuas, que asoció inevitablemente a cualquier tipo de broma macabra. Eso era, una broma: sus amigos estarían divirtiéndose a su costa, asustándole usando

como mediadora a aquella mujer que él tanto amaba, y que ellos tanto criticaban. Pero el tono de voz con que éstas nuevas palabras emergieron de esa especie de boca que se había abierto en medio de una cara marchita le hizo desechar la idea: aquel tono no podía ser humano, pues se asemejaba casi a un rugido, una especie de quejido antinatural por excelencia.

-Te dije que no te quería. Jamás existí, estúpido. Necesitabas tanto amor que acabaste por inventarte a alguien a quien amar. No existo; ¿por qué crees que tus amigos se reían cuando les hablabas de mí? nadie ha vivido contigo en este cuchitril, nadie estaba contigo en la cama cuando hacías el amor con las sombras.

Sombras. No lo pensó dos veces. Aquello no podía tratarse de ningún tipo de broma, nadie se gastaría tanto dinero en esos efectos especiales para verle con el corazón roto y sus ilusiones despedazadas. Abrió furioso la puerta de la terraza, dejando *aquello* a sus espaldas, y se encaramó como pudo a la barandilla. Seis pisos más abajo, el abismo. Nadie en la calle, ningún coche estacionado de mala manera, ni una sola pista acerca de vida. Incluso los árboles que siempre habían estado allí, plantados en la acera desde hacía años, habían desaparecido. Se sorprendió a sí mismo cuando, en tal circunstancia, intentó buscar razones a todo aquel desierto urbano.

-*Por cierto*- inquirió la voz. Intentó girar sobre sí mismo lentamente, a sabiendas de que una vez allí cualquier movimiento en falso daría con su cuerpo contra el pavimento por lo estrecho del alféizar. No quería que aquella cosa desfigurada fuera lo último que vieran sus ojos, pero no pudo reprimir la curiosidad de atender a su llamada.

-*El desayuno, delicioso.*

Tras lo cual, saltó al vacío, a las calles desiertas de vida, y la paradoja lo absorbió en la oscuridad para siempre. Y con él, a su amor y, por qué no, a aquella desechable sombra.